

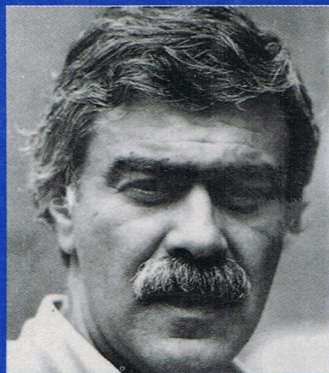
Germán
Castro Caycedo

LA BRUJA

*Coca,
política y
demonio*

2ª EDICION

PLANETA



Antes de ser exorcizada por Monseñor Alfonso Uribe Jaramillo, obispo de Sonsón y Rionegro, Amanda Londoño fue una bruja poderosa que atendió a Presidentes de la República, a hijas de ex presidentes, a gobernadores, senadores, diputados, líderes políticos y, por paisanaje, vivió cerca de uno de los narcos más estridentes de la década de los ochentas en Colombia.

En una narración vívida, recogida por el autor con una grabadora, la vida de la bruja va desmadejando, a través de una cadena de historias vitales, los tres temas que comprenden este gran reportaje: coca, política y demonio, hasta lograr entrelazarlos, tal como sucede en nuestro medio porque, justamente, el libro es extraído de esa realidad que nos golpea.

Según el autor, los testimonios sobre los cuales fue reconstruida la historia de Amanda, “irremediamente van más allá de la imaginación de cualquier escritor por la dinámica desbordante que vive Colombia, y en ella aparecen los que fueron, los que agonizaron o lograron sobrevivir, en el teatro de los hechos que se narran y en la época en que transcurrieron y son, en algunos casos, acompañados por fotografías y un diario de campo”.

En el libro, luego de un final intenso, surge el reflejo de una sociedad en decadencia que, aprisionada dentro de los tres pilares de la historia, parece resumir parte de lo que caracteriza a la Colombia de fin de siglo.

Otras obras del autor en Planeta Colombiana Editorial:

Mi alma se la dejo al diablo
El cachalandrán amarillo
Perdido en el Amazonas
Colombia amarga
El huracán
El hueco

© GERMÁN CASTRO CAYCEDO, 1994

© PLANETA COLOMBIANA EDITORIAL S.A., 1994

CALLE 31 N° 6-41 PISO 18 - SANTA FE DE BOGOTÁ, D.C. - COLOMBIA

ISBN: 958-614-408-9

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL DE 1994

DISEÑO DE LA CUBIERTA: CAMILA COSTA Y PAULA IRIARTE

COMPOSICIÓN Y ARTES: GRUPO EDITORIAL 87

IMPRESO EN COLOMBIA

PRINTED IN COLOMBIA

Mama Becca
El Papel de la Coca
WWW.IRIS.COM.CO

buenas manos y que Dios dispusiera lo demás. Jaime lo bautizó como su hermano y la gente se lo acomodó como hijo.

Cuando Jaime regresó al pueblo ya estaba en guerra con Candelaria. Se habían abierto y sostenían en Miami una guerra muy berrión-da, muy dura. Con decirle que de los veintiséis o veintisiete empleados que tenía Jaime allá arriba no queda vivo sino un tal Juan Restrepo, "Ponchera", se lo digo todo.

PONCHERA: Jaime, mejor dicho, el Patrón, se vino de Fredonia a vivir a Medellín cuando estaba muy joven. Contaba que llegó a Guayabal, a La Raya, un barrio de cantinas de mala muerte, de galleras, de casas de citas y de sopladeros de marihuana y tal, y aquí conoció a una mujer mucho mayor que él, una mujer hecha, de experiencia, llamada Candelaria, que trabajaba en una cantina atendiendo clientes y ganándose sus billetes. Cuando Candelaria vio al Patrón, pues le gustó su alegría y su verraquera y se lo llevó para la cama. Imagínese: un pichón que no conocía mujer hasta ese momento y una veterana como ella, con dos o tres hijos encima, pues lo enloqueció porque parece que la hembra era un volcán; pero por otro lado estaba este hombre con esa fuerza de los diecisiete años... Mejor dicho, comeme tierra, ¿oiga? Candelaria era una mujer muy astuta, tal vez más astuta que el Patrón. Y el Patrón era zorro, inteligente, sagaz, maliocioso... Un marrullero el verraco y lo que usted quiera, pero ella le ganaba. Imagínese entonces cómo sería esa hembra. Es que esa mujer a veces decía: "De aquí a tal hora tengo que tener tanto dinero" y llegaba la hora y lo tenía. Y ya con el Patrón al lado, enamorada ella también, muerta por ese muchacho, se animó, dejó la cantina y se abrió dizque a comerciar. Comerciar era llegar a los almacenes, pedir, no pagar y exigir dinero de vuelta. Y empezó a ganar, pero como el Patrón no era un mantenido, dijo que él también se lanzaba al mismo negocio y como era un jodido, también le ligó ese arte. Pero como no hay bien completo, una mañana llegó la ley, llegaron los de verde y tal y se llevaron al Patrón para el servicio militar. Dizque esa mujer parecía una fiera en celo frente al batallón y a los tres meses trasladaron al hombre para Quibdó. Soldado raso Builes Cardona Jaime como dicen los milicos, pero allá llegó Candelaria y a los ocho días los dejó sanos porque se trajo al muchacho. Desertor Builes Cardona Jaime, ¿oiga? La hembra se trajo al Patrón con uniforme, con casco de hierro y con

utizó como

con Cande-

uy berrion-

empleados

n Restrepo,

de Fredonia

que llegó a

muerte, de

tal, y aquí

hecha, de

antina aten-

laria vio al

evó para la

e momento

na, pues lo

ero por otro

ios... Mejor

y astuta, tal

ente, sagaz,

ra, pero ella

Es que esa

nto dinero"

morada ella

na y se abrió

s, pedir, no

no el Patrón

no negocio

no hay bien

e y tal y se

ujer parecía

asladaron al

como dicen

s dejó sanos

ime, ¿oiga?

hierro y con

su fusil Máuser al hombro. Cuando regresaron a Guayabal él mandó el fusil p'al carajo y se puso a trabajar con su viejita: pedir mercancía y no pagar, y encima de todo, recibir dinero de vuelta.

Pero estando con lo del tal comercio ese aquí en Medellín, empezó a ponerse de moda la isla de San Andrés, los famosos viajes a traer contrabando y entonces se abrieron a viajar cada quince, cada veinte días, Jaime y Candelaria. Ese plante era el mejor porque todo les salía regalado, más que todo gracias a la astucia de la mujer, que hacía allá la misma jugada: robarle la mercancía a los turcos y más encima les sacaban dinero dizque de vuelta. Así pasó un tiempo y yo no sé cómo, de un momento a otro, Candelaria apareció de traqueta, ¿me entiende? De traficante de perica, de comerciante de coca y tal, y por ahí derecho volvió a Jaime traqueto. Ella fue la que lo metió en este negocio y la que fue adelante siempre y la que se conectaba cada día con gente nueva y dominaba, y sabía negociar, y sabía manejar a las mulas y a los proveedores y a los que recogían la platica del bisne, y aprendió que los faltones se mueren cuando faltan en el negocio y al cabo del tiempo Candelaria era la que se conocía todas las rutas. Ella decía: "Ve: si uno se mete por tal parte, no lo requisan las autoridades". "Si vos les das tanto, allá no te esculcan. Es que no te tocan nada", entonces ya el Patrón le agarró la astucia a ella y fue cogiéndole ventajita.

El Patrón siempre trabajó por México porque amaba esa tierra, ¿oiga? El era un enamorado de todo lo de México desde muy muchacho porque veía las películas de charros y se emborrachaba escuchando rancheras y cuando tuvo los primeros centavos se fue a conocer y más tarde, ya metido de traqueto, pues buscó ruta por allá arriba. Como era tan entrador y tan zorro, manejaba toda esa frontera. Toda. Desde Tijuana hasta Matamoros. Y entraba a los Estados Unidos como Pedro por su casa, ¿oiga? Ese hombre sí manejó bien el hueco porque como nunca tuvo pasaporte, debió arreglárselas por donde se pudiera. Bueno, claro que al principio sí tuvo unos papeles. Sucede que él hizo el primer intento de entrar a los Estados Unidos pero con los documentos de un muchacho de su vereda que sacó cédula y pasaporte y como tenían algún parecido físico, se los prestó a Jaime y él se fue para Miami, pero allá cayó. Estuvo detenido algunos días y luego lo deportaron. Entonces hizo el segundo intento de conseguir visa en

Armenia, que era donde todo el mundo la conseguía, pero estando en vueltas para llenar los requisitos, alguien lo llamó y le dijo:

—Piérdase hermano. No intente sacar la visa porque usted está fichado en Estados Unidos y no se la dan, o se la dan, lo dejan ir y cuando entre lo agarran.

¿Entonces qué camino le quedó? Pues pegarse a viajar por el hueco. De todas maneras, así, sin documentos, él nunca tuvo problemas para entrar ni para salir y cuando empezó a calentarse México, entraba por Bahamas, por Bonaire, por Aruba, por Curazao, por Haití.

La que le enseñó primero el hueco a él fue Candelaria. Y cuando empezó a calentarse todo eso, entonces ya Candelaria fue la que se puso a robar libretas militares y cédulas de ciudadanía y con eso sacaba los pasaportes para mandar gente por el lado legal. Ella viajaba adelante y esperaba a sus mulas arriba y para trabajar en Medellín, entonces ya no andaba en sus automóviles sino en los buses donde robaba documentos. Candelaria tenía una característica: usted la veía hoy con el pelo rubio y la semana entrante con el pelo negro y no podía reconocerla. Se mimetizaba bien. La hembra se camuflaba bien y se movía mucho. Y cuando no empujaban mulas p'arriba, exportaban, por ejemplo, colchas. Mandaban hacer diez, quince docenas y en el bolero les hacían poner bolas grandes pero huecas y ahí escondían la perica. Un resto de tiempo después cambiaron las colchas por bolsos tejidos a mano con manija de madera. Las manijas las hacía un carpintero en Guayabal. Eran huecas y adentro acomodaban la perica. Es que esos dos tenían unos cerebros difíciles de volver a ver y eso que ambos, los dos eran casi analfabetas porque el Patrón no hizo sino segundo de escuela primaria allá en su tierra.

Estaban las cosas así y un día se les ocurrió poner un restaurante en los Egleis (Everglades), un pantano gigantesco que hay en La Florida, entre las playas y el mar. Este pantano es como una selva pero tiene muchos caminos solitarios en las partes secas. Ellos buscaron un sitio donde más o menos desembocaran los caminos más conocidos por los pilotos que venían de Bahamas. En esa época uno se iba por Bahamas o por Bonaire o por tanta isla del Caribe y allá lo recogían las avionetas y lo llevaban a los Egleis. En el pantano, aterrizaban en cuanto camino existía, lo tiraban a uno y volvían a despegar. Y si uno

se metía por agua, las lanchas, digamos de Haití o de las mismas Bahamas, entraban a la ciénaga y atracaban en la orilla de algún camino. Ahí saltaba la gente que iba cargada con perica o que iba limpia, en plan de probar suerte allá arriba, y por ahí se internaba en los Estados Unidos. Esa travesía no era tan fácil. Generalmente uno se podía demorar diez, quince días para salir del pantano y coronar en Miami. Y allá llegaban vueltos mierda, comidos de mugre, hambreados, acabados. Y al que llevaba plata se la robaban o a la mujer que veían sola la violaban. Y allá, digamos que al final de todo este calvario estaba el restaurante. Ahí, toda esa gente desharrapada vendía la perica muy barata, los que llevaban, o compraban un sancocho caro, los que tenían algo entre el bolsillo y, ¿sabe algo importante de la tienda? que allá se medía un poco cómo estaba el tropel, porque también pasaban sicarios y pistoleros que iban, contratados desde Colombia, a dar gatillo en esas guerras tan tenaces entre colombianos y cubanos o entre puros colombianos que ya empezaban en La Florida y en Nueva York y en Houston. Mejor dicho, es que más tarde hubo un guerro ni el hijueputa allá arriba ¿me entiende? Entonces la tienda aprovechaba hasta el chisme diario y según lo que se oyera, el Patrón buscaba protegerse y cambiar de planes y hacer estratagemas para moverse y camuflarse y sacarle el bulto a tanto lío, porque a él nunca le gustaron ni el plomo ni braviar ni hacer el guerro, hermano. Y así empezó el negocio a crecer y a crecer y un día de esos que uno se levanta de la mano de la Santísima Virgen, conoció a Howard, un gringo que tenía una red muy grande de distribución de perica en los Estados Unidos y que llegó diciendo que le compraba todo lo que Jaime coronara. Entonces ya con patrón de ojos verdes y aburrido que estaba en ese tiempo porque tenía problemas con Candelaria por culpa de un muchacho que decían que era su hijo pero que no era su hijo, un tal Jaimito, entonces, ¡zas! se independizó de la hembrita y tal, y ahí empezó p'arriba, p'arriba, p'arriba.

Con el esquinazo que le dio el Patrón, Candelaria se mantenía muy aburrida (herida) porque, por una parte, lo quería, pero lo quería de verdad, y por la otra, se sintió humillada después de que ella fue la que lo tiró p'alante, ¿me entiende? Se siguieron viendo sí, pero con recelo. Es que ahí Jaime se empezó a volver capo de los grandes y ella, digamos que se quedó de traqueta chiquita. O, ni muy chiquita, hermano, porque la fortuna de Candelaria estaba más que todo en Pereira y en Cali y era una fortuna inmensa. Ella

ganaba allá y atesoraba parte en Miami y otra parte en Colombia. Allá vivía bien, compraba bien, pero guardaba la mayoría de sus dólares. Aquí tenía casas, buses, camiones... Tenía muchos negocios aquí y allá. Candelaria era bien parecida: alta, delgada, piernona, el pelo rubio y los ojos negros. Con un par de bustos ni grandes ni pequeños. Duros y levantados. Delanteritos y tal. Buena cadera. Buen muslo. Mejor dicho, era una hembra bien bacana ¿oiga?

A partir de allí las cosas se rebotaron mucho y entonces ya en Miami, por ejemplo, uno se encontraba en algún mercado con Candelaria o con alguno de los trabajadores de Candelaria y tenía que correr a esconderse o salir de allí y ponerse medio día a dar vueltas para perderseles porque ella se había dedicado a asaltar caletas. Cuento con que si usted se dejaba seguir, ellos lo localizaban y a los dos o tres días le caían al apartamento y se llevaban toda la coca si era caleta de coca o los dólares si era caleta de dólares y asesinaban al caletero. Lo mataban, cuento con eso, y luego lo picaban con motosierras pequeñas, lo empacaban en bolsas de plástico y esa masa la hacían desaparecer. Yo digo que esa masa porque a los pedazos de cadáver que quedaban les echaban ácidos y así los desintegraban y los volvían eso: pedazos de masa. Y luego, chau, que no se volvía a saber dónde lo tiraban.

Esas andanzas desataron una guerra, pero una guerra muy brava entre colombianos en Miami y al mismo tiempo nació otra guerra entre los colombianos y los cubanos que llegaron con esa invasión tan miedosa —la primera de todas— que apareció por Cabo Mariel. Esa gente llegó sin nada y ahí mismo se orientaron por el negocio de la coca. Pero como el territorio era ya de los colombianos, vino la guerra. Ahí fue cuando se prendió la bronca y donde los cubanos veían a un colombiano le quemaban plomo sin ahorro y donde los colombianos veían a un cubano, igual. Era una inseguridad muy grande porque uno se iba para un sector donde había latinos y cuento con que los cubanos le caían a la casa y mataban a todos los que encontrarán. Eso era una peregrinación permanente. Huyendo. Huyendo. Noches de estar uno dormido y ahí mismo, ¡ábrase! y dejar uno todo lo que había en la casa y piérdase. Si quería salvarse, piérdase, tírese por donde pueda y déjelo todo abandonado. Y otras veces, si ellos no podían robarle a uno la caleta, le mandaban la policía y mientras tanto, Candelaria pescando en río revuelto hasta que se fortaleció más de lo que era y volvió y se

encontró con Jaime, hicieron la paz un tiempo y acordaron que no se iban a tocar.

AMANDA: A Jaime le marchaban bien las cosas y ganaba más y más y así mismo quería adueñarse de todo. Por ejemplo, un día resultó con que iba a construir un club campestre para sus fiestas y se compró el estadero "El Edén", en las afueras del pueblo. Dijo que en Estados Unidos había un club que se llamaba "La Florida" y que él iba a hacer algo similar. Y construyeron algo similar, según él, ¿y sabes cómo le pusieron? ¡"La Florida"! En ese club los artistas fueron de gran categoría y él mismo dijo que allá solamente iba a invitar a gente de gran categoría. Por ejemplo, para la inauguración trajo a Miguel Aceves Mejía —el más encumbrado y el más famoso del momento— y un mariachi de cuarenta y seis músicos, directamente desde México. Esa noche eran cuarenta y siete músicos mexicanos y sólo treinta invitados.

ALVARO VILLEGAS: Sola quería escuchar a Claudia de Colombia y después de regresar de México donde contraté a Miguel Aceves, fui a Bogotá y firmamos contrato con ella. Pero la víspera de la inauguración, la señora dijo que no iba si no le ponían un helicóptero para que la transportara de Medellín a Fredonia y que tampoco iba si el camerino no era tapizado, con cuatro espejos donde se pudiera ver de cuerpo entero y lleno de flores. Entonces Jaime dijo: "¿Qué estará pensando esa remamada? ¡Qué se vaya p'a la mierda!. ¡Ahora no me la traigan, que no la quiero ver!" En cambio Miguel Aceves no exigió nada más que el dinero que había pedido. Nada más. Ellos llegaron en un avión de línea a Medellín y de allá los trajimos, al mariachi en un bus, los equipajes en un camión y a Miguel Aceves en uno de los autos de Jaime y al llegar a Fredonia se les dio la respectiva vuelta por el pueblo con voladores y pitos y sirenas de la caravana que nos esperaba a la entrada. Nada más.

AMANDA: Las orquestas internacionales volaban desde donde fuera, con avión fletado por él y entre Medellín y Fredonia les hacía caravana con sus buses y sus autos. "La Florida" fue mucho más exclusivo que "El Piamonte" y "Los Violines". Y de ahí para adelante

cada quince días había una gran fiesta, de manera que para entrar a "La Florida" usted tenía que hacerle un año de venias a Jaime y a Sola y, si me descuido, a Rudesindo también. Y como cada fiestecita era con artistas de primera línea, casi todo el mundo se rompía la frente contra el piso cuando se los encontraba por la calle.

PONCHERA: El Patrón de verdad que quería comprar todo lo que veía y adueñarse del pueblo, "para poner a todos esos remamaos a hacerme venias", como decía cuando tenía tres tragos entre la caja'el cuerpo. Allá en Miami pasaba algunas temporadas largas trabajando y luego se venía por tiempos, cuando ya había buenas cantidades de dinero aquí abajo.

Cobrar el dinero del negocio es lo más difícil y lo más aburridor. Es que el negocio del Patrón era traer la merca a Estados Unidos y una vez colocada aquí, el dueño era míster Howard, pero él y el Patrón acordaron que Howard le pagaba el embarque, pero que el Patrón ponía trabajadores, caletas y cuanto se necesitara para entregársela a la red de Howard en diferentes puntos de los Estados Unidos y por ese trabajo el Patrón se ganaba un dinero extra de muchos millones. Pensándolo bien, el gringo no era pendejo: nosotros hacíamos lo más peligroso y él se tapaba detrás del Patrón. Y se tapaba en casi todo. Yo a él lo vi unas cuantas veces. Era un gringo flaco, alto, con cara de vicioso y unos ojitos pequeños de maldadoso que daban miedo. Y le gustaba la sangre. Le gustaba matar porque quedó cebado después de la guerra de Vietnam. Oiga: es que cuando míster Howard se quedaba mirándolo a uno mientras le daba cualquier explicación, uno se sentía ya muerto, ¿oíste? Es que el tipo no tenía agüeros para nada. Yo entiendo que los trabajos de la motosierra se los encargaba a cubanos, especialmente. ¿Por qué a cubanos? Porque con los colombianos hacía los cruces grandes de perica y de transporte de dinero dentro de los Estados Unidos y con los cubanos vigilaba a los colombianos, aprovechando que después de la guerra entre los dos, las cosas habían quedado con mucha escama. Mejor dicho, bravas, de rivalidad y de desconfianza y tal. El Patrón me contaba cosas de míster Howard y yo creo que hasta le tenía miedo porque el gringo era muy dañoso.

Después de la guerra de Vietnam, cuando míster Howard regresó a los Estados Unidos, ya venía enviciado como venían todos esos

muchachos que combatieron por allá, porque según se lo contó él al Patrón, la única forma de meterse a esa selva y a esos pantanos donde estaba la guerrilla de los chinos, era trabándose por el miedo tan tenaz que les agarraba. Dizque se trababan dos y tres veces al día y durante la noche y que cuando salían en patrullas, si se les acababa la droga empezaban a encalambrarse y a hablar pendejadas y llegaban a esos poblados y asesinaban a los viejos y a los niños, a las mujeres. Asesinaban niños y violaban mujeres y niñas y violaban niños y hombres y lo que se moviera y luego les daban plomo y decían que eran el enemigo... Pero Howard decía que ellos a veces no sabían si era por el miedo o por falta de droga que le pegaban esas violadas y esas matadas tan crueles a la gente inocente y que así fue como se volvió tan criminal. Es que a él le hacía falta matar, aunque usted no me lo crea.

Otro día, el gringo nos contó al Patrón y a mí, que a los pocos meses de llegar a Vietnam todos esos soldados ya estaban carcomidos de vicio, mejor dicho, podridos, y que cuando los jíbaros del mismo ejército gringo no les suministraban pepas o yerba o lo que fuera, los chinos hasta se la regalaban para acabar de envenenarlos. Y claro, regresaron a los Estados Unidos como loquitos buscando pepas, buscando yerba, buscando hachís, buscando jeringas o lo que les pudieran dar para embutírsele ahí mismo.

Ahora, yo me acuerdo que por esa misma época, Antioquia estaba llena de gringos jóvenes que se llamaban los Cuerpos de Paz. Esos eran muchachos que en lugar de ir a meter vicio a Vietnam venían aquí a disfrazarse de colombianos con unas ruanas largas de cuadros de colores. Mejor dicho, hermano, esos gringuitos venían para tomar nota de quién se metía a la guerrilla y quién no y se lo reportaban al gobierno de arriba, porque es que casi al tiempo con los Cuerpos de Paz llegó la guerrilla de los comunistas a Colombia. La mandaron de Cuba, ¿me entiende?

Entonces ¿qué pasó? Hombre, que Howard en lugar de meterse a sapo, más bien se vino callado, montó combo con los Cuerpos de Paz y les puso el trabajo de buscar tierras y mandar a todos estos montañeros a tumbar selva y a sembrar marihuana en Urabá y después en la Sierra Nevada para embarcarla de regreso a los Estados Unidos. Esa se la llevaban pilotos gringos que también habían estado en Vietnam. Así fue como Howard conoció a Colombia. Pero dizque él